



LECTIO DIVINA

III semana de Cuaresma
Del 15 al 21 de marzo de 2020



“Caminamos sedientos
buscando el agua viva.”

DOMINGO, 15 DE MARZO DE 2020

Tengo sed

Oración introductoria

Señor, ayúdame a confiar en Ti sin límites.

Petición

Dios mío, renueva en mí la fe y esperanza para que sepa descubrirte en esta oración.

Lectura del libro del Éxodo (Éx 17, 3-7)

En aquellos días, el pueblo, sediento, murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?». Clamó Moisés al Señor y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Por poco me apedrean». Respondió el Señor a Moisés: «Pasa al frente del pueblo y toma contigo algunos de los ancianos de Israel; empuña el bastón con el que golpeaste el Nilo y marcha. Yo estaré allí ante ti, junto a la roca de Horeb. Golpea la roca, y saldrá agua para que beba el pueblo». Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y llamó a aquel lugar Masá y Meribá, a causa de la querrela de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: «¿Está el Señor entre nosotros o no?».

Salmo (Sal. 94, 1-2. 6-7c. 7d-9)

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom 5, 1-2. 5-8)

Hermanos: Habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 4, 5-42)

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: « ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa

agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado. Otros trabajaron y vosotros entrasteis en el fruto de sus trabajos». En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio

que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

Releemos el evangelio

Santiago de Saroug (c. 449-521)

monje y obispo sirio

Homilía sobre nuestro Señor y Jacob, sobre la Iglesia y Raquel

« Serás más grande que nuestro padre Jacob? »

La vista de la belleza de Raquel ha hecho a Jacob de alguna forma más fuerte: ha podido levantar la enorme piedra de encima del pozo y dar de beber al rebaño (*Gn 29,10*)... En Raquel con quien se casaba, veía el símbolo de la Iglesia. Por ello era preciso que abrazándola llore y sufra (*v. 11*), a fin de prefigurar por su matrimonio los sufrimientos del Hijo... ¡Cuánto más hermosas las nupcias del Esposo Real que las de sus embajadores! Jacob ha llorado por Raquel casándola; nuestro Señor ha cubierto la Iglesia con su sangre salvándola. Las lágrimas son el símbolo de la sangre, porque no es sin dolor como brotan de los ojos. El llanto del justo Jacob es el símbolo del gran sufrimiento del Hijo, por el cual la Iglesia de las naciones ha sido salvada.

Ven, contempla nuestro Maestro: ha venido a casa de su Padre en el mundo, se ha anonadado para cumplir su camino de humildad (*Ph 2,7*)... Ha visto las naciones como rebaños muy sedientos, y la fuente de la vida cerrada por el pecado como por una piedra. Ha visto la Iglesia parecida a Raquel: entonces se precipitó hacia ella, derribó el pecado pesado como una roca. Ha abierto para su esposa el

baptisterio para que se bañe; ha sacado de allí, ha dado a beber a las naciones de la tierra, como a sus rebaños. Con su poder, ha levantado el pesado peso de los pecados; para el mundo entero, ha puesto al descubierto la fuente de agua dulce...

Sí, por la Iglesia, nuestro Señor se dio un gran trabajo. Por amor, el Hijo de Dios vendió sus sufrimientos, con el fin de unirse, al precio de sus llagas, a la Iglesia abandonada. Por ella, que adoraba los ídolos, sufrió en la cruz. Por ella ha querido entregarse, para que sea suya, toda inmaculada (Ep 5,25-27). Consintió llevar a pacer el rebaño entero de los hombres, con el gran bastón de la cruz; no rehusó sufrir. Razas, naciones, tribus, multitudes y pueblos, aceptó conducir a todos, para tener para él, a su vez, la Iglesia, su única (Ct 6,9).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Dame de beber es lo que pide el Señor y es lo que nos pide que digamos nosotros. Y al decirlo, le abrimos la puerta a nuestra cansada esperanza para volver sin miedo al pozo fundante del primer amor, cuando Jesús pasó por nuestro camino, nos miró con misericordia, y nos eligió y nos pidió seguirlo; al decirlo recuperamos la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los nuestros, el momento en que nos hizo sentir que nos amaba, que me amaba, y no solo de manera personal, también como comunidad». *(Homilía de SS Francisco, 26 de enero de 2019)*

Meditación

Nuestro corazón está sediento. Es la sed más grande que el hombre pueda tener. En ocasiones, desafortunadamente, buscamos apagarla con momentos de desenfreno y entrega a las pasiones. Pero una vez que han pasado, nos percatamos que todo sigue igual. La sed de nuestro corazón no puede ser satisfecha por lo material. Esta sed va

más allá de la superficialidad y apela a lo más profundo e íntimo de nuestro corazón. El hombre tiene un hueco con la forma de Dios y sólo Él lo puede llenar. Nuestra sed infinita puede ser saciada sólo por su amor infinito.

Así como Cristo conoce a la samaritana, de igual forma conoce a cada uno de nosotros. Cristo sale a nuestro encuentro y, al conocerlo, nos conmociona su amor hacia nosotros, el cual nos da vida y vida en abundancia. Al igual que la samaritana, renovemos nuestro estupor por su grande amor y llevemos a las personas a la fuente de agua que sacia la sed de nuestro corazón. «Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». *(San Agustín)*

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén

LUNES, 16 DE MARZO DE 2020
Conversión

Oración introductoria

Dame humildad, Señor, para poder acoger los dones que me das. Ahora, te doy minutos de mi vida con tal de encontrar tu rostro. Tú eres mi roca y salvación, hoy necesito de esta salvación. Dame confianza, valor, fe y amor para abrazar mi propia conversión.

Petición

Jesús, dame la gracia de saberte reconocer, en la oración y a lo largo de este día.

Lectura del segundo libro de los Reyes (2 Re 5, 1-15a)

En aquellos días, Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio el Señor había concedido la victoria a Siria. Pero, siendo un gran militar, era leproso. Unas bandas de arameos habían hecho una incursión trayendo de la tierra de Israel a una muchacha, que pasó al servicio de la mujer de Naamán. Dijo ella a su señora: «Ah, si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría. Él lo curaría de su lepra». Fue (Naamán) y se lo comunicó a su señor diciendo: «Esto y esto ha dicho la muchacha de la tierra de Israel». Y el rey de Siria contestó: «Vete, que yo enviaré una carta al rey de Israel». Entonces tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro, diez vestidos nuevos y una carta al rey de Israel que decía: «Al llegarte esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán para que lo cures de su lepra». Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo: «¿Soy yo Dios para repartir vida y muerte? Pues me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querrela contra mí». Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras y mandó a que le dijeran: «Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel». Llegó Naamán con sus carros y caballos y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Envió este un mensajero a decirle: «Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio». Naamán se puso furioso y se marchó diciendo: «Yo me había dicho: “Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra”. El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco, ¿no

son mejores que todas las aguas de Israel? Podría bañarme en ellos y quedar limpio». Dándose la vuelta, se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron para decirle: «Padre mío, si el profeta te hubiese mandado una cosa difícil, ¿no lo habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: “Lávate y quedarás limpio”!». Bajó, pues, y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Y su carne volvió a ser como la de un niño pequeño: quedó limpio. Naamán y toda su comitiva regresaron al lugar donde se encontraba el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él exclamando: «Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel».

Salmo (Sal 41, 2. 3; 42, 3. 4)

Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré el rostro de Dios?

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 4, 24-30)

Habiendo llegado Jesús a Nazaret, le dijo al pueblo en la sinagoga: «En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo. Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naámán, el sirio». Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía sobre la conversión, n° 3, sobre la limosna*

Acoger a Cristo

Los pobres delante de la iglesia piden limosna. ¿Cuánto dar? Eres tú quién decide; no fijaré la cantidad, con el fin de evitarte toda confusión. Compra en la medida de tus medios. ¿Tienes una moneda? ¡Compra el cielo! No es que el cielo sea barato, pero es la bondad del Señor que te lo permite. ¿No tienes una moneda? Da un vaso de agua fresca (*Mt 10,42*)...

¡Podemos comprar el cielo, y descuidamos hacerlo! Por un pan que das, obtienes a cambio el paraíso. Aunque ofrezcas objetos de poco valor, recibirás tesoros; da lo caduco, y obtendrás la inmortalidad; da bienes perecederos, y recibe a cambio los bienes imperecederos... Cuando se trata de bienes perecederos, sabes dar prueba de mucha perspicacia; ¿por qué manifiestas tal indiferencia cuando se trata de la vida eterna?...

Podemos, por otra parte, establecer un paralelo entre estos recipientes llenos de agua que se encuentran a las puertas de las iglesias para purificar allí las manos, y los pobres que están sentados fuera del edificio para que purifiques tu alma por ellos. Has lavado tus manos en el agua: de la misma manera, lava tu alma por la limosna...

Una viuda, reducida a una pobreza extrema, le dio hospitalidad a Elías (*1R 17,9s*): su indigencia no le impidió acogerlo con una gran alegría. Y entonces, en signo de reconocimiento, recibió numerosos regalos que simbolizaban el fruto de su hermosa acción. Este ejemplo te hace desear posiblemente acoger a Elías. ¿Por qué pedir a Elías? Te

ofrezco al Señor de Elías, y no le ofreces hospitalidad... He aquí lo que nos dice Cristo, el Señor del universo: "Cada vez que lo hicisteis a uno de estos pequeños que son mis hermanos, a mí me lo hicisteis" (*Mt 25,40*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Este Evangelio nos muestra que el ministerio público de Jesús comienza con un rechazo y con una amenaza de muerte, paradójicamente por parte de sus paisanos. Jesús, al vivir la misión que el Padre le confió, sabe que debe enfrentar la fatiga, el rechazo, la persecución y la derrota.

Un precio que, ayer como hoy, la auténtica profecía está llamada a pagar. El duro rechazo, sin embargo, no desanima a Jesús, ni detiene el camino ni la fecundidad de su acción profética. El sigue adelante por su camino (*cf. v. 30*), confiando en el amor del Padre. También hoy el mundo necesita ver en los discípulos del Señor, profetas, es decir, personas valientes y perseverantes en responder a la vocación cristiana.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 3 de febrero de 2019*).

Meditación

Conversión fue la primera palabra que vino a mi mente al reflexionar sobre este Evangelio. Dios llama al hombre a «ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto» y nos encontramos a hombres que viven en coherencia con tal llamado.

Hay tanta necesidad de santidad en el mundo. Pensar en que vamos a incomodar a otros al ser coherentes con la vida cristiana o pensar lo que otros dirán de mí, son planteamientos y miedos muy normales. Aquí Cristo es nuestro modelo. Hay que ponerlo en el centro de la propia existencia, en lo concreto de nuestro quehacer

cotidiano. No hay que tener miedo a ser testigo del amor de Dios Padre; no nos privemos en traer un poco de paz, alegría y gozo.

Cristo quiere ser nuestro salvador, «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Cristo quiere gobernar nuestra propia vida, como un Rey que viene a traer el amor como principio para ganarse el mundo entero. ¿Cuál es la reacción primera que brota de cada uno de nosotros? Aquel que no tiene fe, esperanza, ni amor, es quien se llena de ira y, a la fuerza, busca sacar a Jesús de la propia existencia. Por eso, quien quiera ser un verdadero hijo debe pedir ver, esperar y amar al Dios que día y noche busca encontrarse frente a frente con Él.

Cada uno de los cristianos participa del sacerdocio de Cristo, cada uno es profeta y es rey. Tenemos una alta dignidad al ser hijos de Dios y hay hermanos entre nosotros que acogen y comparten estos dones. Debemos aprender a encontrar a Cristo en nuestra vida cotidiana y buscar tráelo al necesitado. Si hay un Cristo que resucitó, no hay nada que temer. Ante todo esto, pidamos un cambio y una verdadera conversión. Que el Señor nos ayude desear su voluntad y a aceptar sus dones.

Oración final

Mi ser languidece anhelando
los atrios de Yahvé;
mi mente y mi cuerpo se alegran
por el Dios vivo. *(Sal 84,3)*

Oración introductoria

Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Petición

Dios mío, ayúdame a descubrir tu verdad y tu camino, para vivir en plenitud.

Lectura de la profecía de Daniel (Dan 3, 25. 34-43)

En aquellos días, Azarías, puesto en pie, oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo: «Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado; a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas. Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia. Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros o una multitud de corderos cebados. Que este sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados. Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos, y buscamos tu rostro; no nos defraudes,

Señor; trátanos según tu piedad, según tu gran misericordia. Líbranos con tu poder maravilloso y da gloria a tu nombre, Señor».

Salmo (Sal 24, 4-5a. 6 y 7cd. 8-9)

Recuerda, Señor, tu ternura.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 18, 21-35)

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdóné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Releemos el evangelio

Las liturgias bizantinas y orientales de la Gran Cuaresma

Oración de San Efrén de Siria

Tener piedad del prójimo como Dios tiene piedad de nosotros

Señor, amo de mi vida,
no me abandones al espíritu de pereza, de desánimo,
de afán de poder y conversaciones vanas.

(Prosternarse)

Dame la gracia, a mí tu siervo/ tu sierva,
del espíritu de castidad, de humildad, de paciencia y de caridad.

(Prosternarse)

Sí, Rey y Señor mío, concédeme ver mis faltas
y no juzgar a mi hermano,
oh Tú, bendito por los siglos eternos. Amén.

(Prosternarse; luego se dice tres veces, postrados en tierra:)

Oh Dios, ten piedad de mí, pecador
Oh Dios, purifícame, que soy pecador.
Oh Dios, Creador mío, sálvame.
Perdona mis innumerables pecados!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Desde nuestro bautismo Dios nos ha perdonado, perdonándonos una deuda insoluta: el pecado original. Pero, aquella es la primera vez. Después, con una misericordia sin límites, Él nos perdona todos los pecados en cuanto mostramos incluso solo una pequeña señal de arrepentimiento.

Dios es así: misericordioso. Cuando estamos tentados de cerrar nuestro corazón a quien nos ha ofendido y nos pide perdón, recordemos las palabras del Padre celestial al siervo despiadado: “siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No deberías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?”.

Cualquiera que haya experimentado la alegría, la paz y la libertad interior que viene al ser perdonado puede abrirse a la posibilidad de perdonar a su vez. En la oración del Padre Nuestro Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 17 de septiembre de 2017*).

Meditación

En el Evangelio de Mateo encontramos una parábola hermosísima, donde tenemos una pregunta al Maestro por parte de Pedro, quien al parecer se esforzaba por buscar la santidad pero, por su primariedad, por no decir impaciencia, muchas veces se sentía un poco atado. Y, seguramente pensando que todo debe tener un límite, le pregunta al Maestro: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?» La respuesta de Jesús le deja, y nos deja, un poco desconcertados, pues si nos ponemos a hacer esta operación matemática tendremos como resultado una infinitud de números, pero Jesús nos quiere decir con esto que debemos perdonar siempre a ejemplo de su corazón. Eso sí, debemos tener presente que somos humanos, que podemos enojarnos muy fácilmente, que incluso nos pueden hacer enojar con justas razones, pero debemos estar siempre dispuestos a perdonar.

Es como aquel monje que su maestro le dio un canasto lleno de papas y un saco vacío, y le dijo que por cada persona que había estado enojado con él, escribiera el nombre en una papa y la metiera en el saco; en poco tiempo se llenó el saco. Luego le dijo que cargara con el saco todos los días; llegó un momento en que las papas empezaron a pudrirse, a oler mal; era insoportable llevarlas. Entonces el monje decidió no cargarlas más y, cuando las dejó, sintió un gran alivio y descanso. Comprendió que solamente perdonando de corazón sería libre. Y esto es lo que debemos hacer, desechar las papas podridas que tenemos en el corazón, perdonar de verdad, perdonar con el corazón de Cristo y caminar libres, sin peso en nuestra conciencia y llenos del amor de Dios.

Oración final

Muéstrame tus caminos, Yahvé,
enséñame tus sendas.
Guíame fielmente, enséñame,
pues tú eres el Dios que me salva.
En ti espero todo el día,
por tu bondad, Yahvé. *(Sal 25,4-6)*

MIÉRCOLES, 18 DE MARZO DE 2020
La pieza que faltaba.

Oración introductoria

Jesús, sé que estás aquí...quiero entregarte este pequeño momento de oración porque te amo. Tú sabes que tengo muchas cosas por hacer, pero este tiempo es sólo para Ti.

Petición

Jesús, encima de todas las cosas, las largamente amadas y esperadas, sobre todas las cosas, tu voluntad Señor.

Lectura del libro del Deuteronomio (Dt 4, 1. 5-9)

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseñé para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar. Mirad: yo os enseñé los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella. Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán: “Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación”. Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos? Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy? Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos».

Salmo (Sal 147, 12-13. 15-16. 19-20)

Glorifica al Señor, Jerusalén.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 5, 17-19)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud.

En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Releemos el evangelio

Beato Columba Marmion (1858-1923)

abad

Instrumentos de las buenas obras, (Le Christ Idéal du Moine, DDB, 1936).

***“Aquí estoy, yo vengo para hacer,
Dios, tu voluntad” (Heb 10,7)***

La fidelidad es la más rica y más delicada flor del amor aquí abajo. En lo alto, en el cielo, el amor se expandirá en acción de gracias, complacencia, disfrute, en la posesión plena y total del objeto amado. Aquí abajo, el amor se traduce en fidelidad generosa y constante a Dios, a pesar de las sombras de la fe, pruebas, dificultades o contradicciones. Tomando como ejemplo a nuestro divino modelo, debemos darnos sin reservas, igual que él se libró sin reservas al Padre viniendo al mundo “Aquí estoy, yo vengo para hacer, Dios, tu voluntad” (*Heb 10,7*). (...)

Debemos decir a Jesús: “Quiero ser enteramente suyo, deseo vivir de su vida por la fe y amor, quiero que sus deseos sean mis deseos y cómo usted, por amor a su Padre, quiero hacer todo lo que le sea agradable. Afirmo que “Su ley está en mi corazón” (*cf. Sal 40,9*), ya que le es agradable que guarde fielmente las prescripciones de la ley cristiana que estableció. (...) En prueba de la delicadeza de mi amor hacia usted, quiero asegurar, como usted, que no desaparecerá ni una i ni una coma de la Ley. (*cf. Mt 5,18*). Concédame su gracia para que no deje pasar la mínima cosa que pueda agradarle, a fin que según su

palabra, “siendo fiel en lo poco, lo sea también en lo mucho” (cf. 5,18). Sobre todo, disponga que yo actúe por amor a usted y su Padre (cf. Jn 14,31). Todo mi deseo es poder afirmar cómo lo hizo: “Yo hago siempre lo que agrada al Padre” (cf. Jn 8,29).

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Evangelio de hoy está tomado del “Sermón de la Montaña” y trata el tema del cumplimiento de la Ley: cómo debo cumplir la Ley, cómo hacerlo. Jesús quiere ayudar a sus oyentes a tener un acercamiento justo a las prescripciones de los Mandamientos dados a Moisés, exhortándolos a estar disponibles para Dios que nos educa para la verdadera libertad y responsabilidad a través de la Ley. Se trata de vivirla como un instrumento de libertad.

No olvidemos esto: vivir la Ley como un instrumento de libertad, que me ayude a ser más libre, que me ayude a no ser esclavo de las pasiones y el pecado. Pensemos en las guerras, pensemos en las consecuencias de las guerras, pensemos en esa niña que murió de frío en Siria anteayer. Tantas calamidades, tantas. Esto es el resultado de las pasiones, y la gente que hace la guerra no sabe cómo dominar sus pasiones. No cumplen con la ley. Cuando se cede a las tentaciones y pasiones, uno no es señor y protagonista de su vida, sino que se vuelve incapaz de manejarla con voluntad y responsabilidad.» (Homilía de S.S. Francisco, 16 de febrero de 2020).

Meditación

¿Alguna vez has armado un rompecabezas? Sí, esos que son de 25, 100, 300, 500 ó 1000 piezas. Sí, a veces son de paisajes, de lugares increíbles...sí, esos, esos... Las veces que yo he armado un rompecabezas ha sido junto con mi madre y también con algunos hermanos de mi comunidad. Una vez armamos una imagen de un

pequeño pueblo italiano incrustado en una montaña junto al mar. Era una fotografía muy bonita, con unos veleros, y cada casa con las típicas ventanas italianas. Después también armamos un rompecabezas de 1000 piezas, estaba súper difícil, era una imagen de pingüinos...obviamente todos los pingüinos eran iguales.

Creo que el Evangelio de hoy lo podemos comparar a cuando se arma un rompecabezas. Jesús nos explica que Él no viene a desarmar todas las piezas que los judíos ya habían puesto, Él no viene a destruir todo lo que ya estaba, no, Jesús viene a ayudarnos a seguir armando la bella imagen que Él mismo diseñó desde toda la eternidad; es más, Jesús no sólo nos ayuda a terminar de poner las piezas en su lugar, sino que también nos revela que Él es la pieza que faltaba, Él es la pieza que hace que toda la imagen tenga sentido.

Aprovechemos este momento de oración sólo para contemplar a Jesús, ese Jesús que no se impone ante nuestra libertad, sino que nos ayuda a ir poniendo las piezas en su lugar, cada una a su tiempo para formar una bella imagen. ¿Cuál será esa imagen? Pregúntaselo... ¡sin duda alguna te sorprenderás!

Oración final

¡Celebra a Yahvé, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!,
que refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice en tu interior a tus hijos. *(Sal 147,12-13)*

JUEVES, 19 DE MARZO DE 2020
SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA
Oración y silencio.

Oración introductoria

Dame la gracia de hacer una experiencia..., una experiencia real de tu Amor.

Petición

Señor, concédeme la gracia de tener una conciencia clara y limpia para ser santo en medio de mis actividades ordinarias, como me enseña san José.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam 7,4-5a.12-14a.16)

En aquellos días, vino esta palabra del Señor a Natán: «Ve y habla a mi siervo David: “Así dice el Señor: Cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo suscitaré descendencia tuya después de ti. Al que salga de tus entrañas le afirmaré tu reino. Será el quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre”».

Salmo (Sal 88, 2-3. 4-5. 27 y 29)

Su linaje será perpetuo.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom 4, 13. 16-18. 22)

Hermanos: No por la ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero el mundo. Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros. Según está escrito: «Te he constituido padre de muchos pueblos»; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe. Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia». Por lo cual le fue contado como justicia.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt1, 16.18-21.24a)

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados». Cuando José se despertó, hizo lo que le habla mandado el ángel del Señor.

Releemos el evangelio

San Bernardino de Siena (1380-1444)

franciscano

Homilía sobre san José; OC 7, 16. 27-50

San José fiel guardián de los misterios de la salvación

Cuando la gracia divina elige a alguien para otorgarle una gracia singular, le concede todos aquellos carismas necesarios, lo cual aumenta grandemente su belleza espiritual. Esto se ha verificado de un modo excelente en san José, padre legal de nuestro Señor Jesucristo y verdadero esposo de la Reina del universo y Señora de los ángeles. José fue elegido por el Padre eterno como protector y custodio fiel de sus principales tesoros, esto es, de su Hijo y de su esposa, y cumplió su oficio con insobornable fidelidad. Por eso le dice el Señor: «Siervo bueno y fiel, entre en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21).

Si comparamos a José con el resto de la Iglesia universal de Cristo, ¿no es este el hombre privilegiado y providencial, por medio del cual la entrada de Cristo en el mundo se desarrolló de una manera ordenada y sin escándalos? Si es verdad que la Iglesia entera es deudora a la Virgen Madre por cuyo medio recibió a Cristo, después de María es san José a quien debe un agradecimiento y una veneración singular.

José viene a ser el broche del Antiguo Testamento, broche en el que fructifica la promesa hecha a los Patriarcas y los Profetas. Sólo él poseyó de una manera corporal lo que para ellos había sido mera promesa. No cabe duda de que Cristo no sólo no se ha desdicho de la familiaridad y respeto que tuvo con él durante su vida mortal como si fuera su padre, sino que la habrá completado y perfeccionado en el cielo. Por eso, también con razón, se dice más adelante: «Entra en el gozo de tu Señor».

Acuérdate de nosotros, bienaventurado José, e intercede con tu oración ante aquel que pasaba por hijo tuyo; intercede también por nosotros ante la Virgen, tu esposa, madre de aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«A través de la experiencia de san José, una figura aparentemente de segundo plano, pero en cuya actitud está contenida toda la sabiduría cristiana. Él, junto con Juan Bautista y María, es uno de los personajes que la liturgia nos propone para el tiempo de Adviento; y de los tres es el más modesto. El que no predica, no habla, sino que trata de hacer la voluntad de Dios; y lo hace al estilo del Evangelio y de las Bienaventuranzas. Pensemos: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Y José es pobre porque vive de lo esencial, trabaja, vive del trabajo; es la pobreza típica de quien es consciente de que depende en todo de Dios y pone en Él toda su confianza.» *(Homilía de SS Francisco, 22 de diciembre de 2019)*

Meditación

José era un hombre «justo». Él buscaba cumplir la voluntad de Dios. Aunque no siempre tuvo claro qué era lo que el Señor le pedía.

José descubrió su misión por medio de la oración y el silencio. Descubrió cuál era el plan de Dios para su vida. Por medio del encuentro constante e íntimo con Dios, José pudo cumplir la voluntad de Dios, y así, fue instrumento en las manos de Dios para la salvación de los hombres.

El Señor nos ha dado una misión, como la dio a José. Y nos ha dado también los talentos y cualidades para llevar a cabo este plan y ser también instrumentos de salvación. El Señor quiere actuar por

medio de nosotros. Él nos ha llamado y, por lo mismo, jamás nos dejará solos.

¡Ven, Espíritu Santo! Ilumina mi entendimiento para que pueda descubrir la voluntad del Señor. Hazme un instrumento de salvación. Hazme una persona de oración y silencio como José.

Oración final

La contemplación cristiana del sueño de Dios, del plan que Dios realiza para la historia de la humanidad no produce alienación sino que nos tiene vigilantes y activas las conciencias y nos estimula para afrontar con valor y abnegación las responsabilidades que la vida nos depara.

VIERNES, 20 DE MARZO DE 2020

Mi vida, el cielo y la tierra.

Oración introductoria

Señor, que no sea sordo a tus invitaciones, que me acerque a Ti para amarte sin condiciones y que descubra el don que hay en mí para mis hermanos en el mundo. Tanto me has amado que yo quiero comunicar ese amor.

Petición

Te suplico, Jesús, que me ayudes a vivir, en todo, según la lógica de la caridad y de tu Evangelio.

Lectura de la profecía de Oseas (Os 14, 2-10)

Esto dice el Señor: «Vuelve, Israel, al Señor tu Dios, porque tropezaste por tu falta. Tomad vuestras promesas con vosotros, y volved al Señor. Decidle: “Tú quitas toda falta, acepta el pacto. Pagaremos con nuestra confesión: Asiria no nos salvará, no volveremos a montar a caballo, y no llamaremos ya ‘nuestro Dios’ a la obra de nuestras manos. En ti el huérfano encuentra compasión”. “Curaré su deslealtad, los amaré generosamente, porque mi ira se apartó de ellos. Seré para Israel como el rocío, florecerá como el lirio, echará sus raíces como los cedros del Líbano. Brotarán sus retoños y será su esplendor como el olivo, y su perfume como el del Líbano. Regresarán los que habitaban a su sombra, revivirán como el trigo, florecerán como la viña, será su renombre como el del vino del Líbano. Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos? Yo soy quien le responde y lo vigila. Yo soy como un abeto siempre verde, de mí procede tu fruto”. ¿Quién será sabio, para comprender estas cosas, inteligente, para conocerlas? Porque los caminos del Señor son rectos: los justos los transitan, pero los traidores tropiezan en ellos».

Salmo (Sal 80, 6c-8a. 8bc-9. 10-11ab. 14 y 17)

Yo soy el Señor, Dios tuyo; escucha mi voz.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 12, 28b-34)

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el

Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Releemos el evangelio

Beato Columba Marmion (1858-1923)

abad

Instrumentos de las buenas obras, (Le Christ Idéal du Moine, DDB, 1936).

Jesús dijo: “Amarás”

Finalmente, es el amor el que mide el valor de todos nuestros actos, mismos los más ordinarios. San Benito indica como primer “instrumento” el amor de Dios: “Ante todo, amar al Señor Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas” (*Regla de San Benito, IV, 1*). Es como decirnos: “Pongan el amor de su corazón antes que nada, que el amor los dirija y guíe todas sus acciones. El amor llevará a sus manos todos los otros instrumentos de buenas obras y dará un alto valor a los detalles más insignificantes de sus jornadas. San Agustín dice que las pequeñas cosas son pequeñas en ellas mismas pero devienen grandes por el amor fiel que las hace realizar (*cf. “Doctrina Cristiana IV”*)”. (...)

El ideal al que debemos aspirar es la precisión del amor (...). Ni escrúpulo, ni preocupación de no equivocarse, ni deseo que nunca nos encuentren en falta: esto evidencia orgullo. La vida interior brota del corazón. Si ustedes la adquieren, buscarán llenar por amor todas sus prescripciones, con la mayor pureza de intención y el mayor cuidado posible. (...)

El verdadero valor de las cosas se encuentra en el grado de unión con Cristo, en la fe y caridad que le damos. Es necesario actuar, pero por amor a nuestro Padre del cielo y unidos a nuestro Señor por la fe. Nunca lo olvidemos: la fuente del valor de nuestras obras está en nuestra unión, por gracia, con Jesucristo y en el amor con que cumplimos nuestras acciones. Por eso, escribe San Benito que antes de emprender una buena obra, dirijamos nuestra intención hacia Dios con intensa fe y gran amor: “Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que él la lleve a término” (*Regla, Prólogo, 4*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«En vuestra tierra, esta cultura arraiga profundamente en las fuertes raíces cristianas, es decir, el amor a Dios y el amor al prójimo. Jesús, en el Evangelio, nos invita a amar a Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como a nosotros mismos. El amor de Dios es el que siempre nos hace reconocer en el otro al prójimo, al hermano o hermana que amar. Y esto requiere un compromiso personal y voluntario, para el cual, ciertamente, las instituciones públicas pueden y deben crear condiciones generales favorables. Gracias a esta “savia” evangélica, la ayuda mantiene su dimensión humana y no se despersonaliza. Precisamente por eso, vosotros, los voluntarios no lleváis a cabo una labor de suplencia en la red social, sino que contribuís a dar un rostro humano y cristiano a nuestra sociedad.» (*Discurso de S.S. Francisco, 30 de noviembre de 2018*).

Meditación

Es una gracia encontrar personas que tengan una sensibilidad espiritual grande que, en su propia vida, pueden descubrir las verdades de Dios de manera palpable. En el día a día se puede ver cómo Dios actúa en la vida de cada uno y, también, que debemos amarlo. Una

vida con o sin Dios es muy diferente. El amor a Dios está entrelazado con el amor a los demás porque el que ama verdaderamente a una persona, también ama a las personas y cosas relacionadas con el amado. Esta es nuestra tarea como cristianos que, como dice Jesús, nos ayuda en nuestro camino al cielo.

Preocuparse por las necesidades de las demás personas es una gran tarea porque no siempre es fácil hacerlo; Cristo mismo dice que quien ama a los que le hacen el bien no tiene mérito. Es así como el amor desinteresado que brota de una unión íntima con el Señor se hace presente. Este debe ser nuestro mayor interés porque ayuda a nuestro crecimiento espiritual y a las personas de nuestro alrededor, porque el cristiano es una persona que vive con la mirada en el cielo, pero los pies firmes en la tierra; se preocupa con las cosas espirituales y busca la forma en que se hagan presentes en sus circunstancias.

La unión con Dios no es algo que se dé de un día para otro; necesitamos aprender a hablar y dejarnos formar por Él. Debemos acercarnos más al Señor para que nos ayude e ilumine en nuestro peregrinar hacia el Padre.

Oración final

Señor, ningún dios como tú,
no hay obras como las tuyas;
pues eres grande y haces maravillas,
tú solo eres Dios. *(Sal 86,8.10)*

SÁBADO, 21 DE MARZO DE 2020

Ponerme en los zapatos del otro.

Oración introductoria

Dame, Jesús, la gracia de abrirte mi corazón para contemplar, sentir y amar como Tú lo haces.

Petición

Jesús, dame la gracia de nunca creerme superior o mejor que los demás.

Lectura de la profecía de Oseas (Os 6, 1-6)

Vamos, volvamos al Señor. Porque él ha desgarrado, y él nos curará; él nos ha golpeado, y él nos vendará. En dos días nos volverá a la vida y al tercero nos hará resurgir; viviremos en su presencia y comprenderemos. Procuremos conocer al Señor. Su manifestación es segura como la aurora. Vendrá como la lluvia, como la lluvia de primavera que empapa la tierra». ¿Qué haré de ti, Efraín, qué haré de ti, Judá? Vuestro amor es como nube mañanera, como el rocío que al alba desaparece. Sobre una roca tallé mis mandamientos; los castigué por medio de los profetas con las palabras de mi boca. Mi juicio se manifestará como la luz. Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos.

Salmo (Sal 50, 3-4. 18-19. 20-21ab)

Quiero misericordia, y no sacrificio.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 18, 9-14)

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh, Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Releemos el evangelio

San [Padre] Pío de Pietrelcina (1887-1968)

capuchino

“Buona giornata”

“Ten piedad de mí que soy un pecador.” (Lc 18,13)

Es importante que insistas en lo que es el fundamento de la santidad y el fundamento de la bondad. Quiero decir la virtud de la que Jesús se presenta explícitamente como modelo: “la humildad. (Mt 11,29) La humildad interior más que exterior. Reconoce que tú eres verdaderamente una nada, miserable, débil, plagado de defectos, capaz de cambiar el bien en el mal, de abandonar el bien por el mal, de atribuirte el bien y justificarte en el mal, y, por amor a este mal menospreciar a Aquel que es el bien supremo.

No te acuestes nunca sin haber hecho previamente un examen de conciencia de cómo has pasado el día. Vuelve hacia el Señor todos tus

pensamientos y conságrale tu persona y la de todos los cristianos. Luego, ofrécele tu sueño como alabanza de su gloria, sin olvidar nunca tu buen ángel de la guarda que permanece a tu lado.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Considerarse justos es dejar a Dios, el único justo, fuera de casa. Es tan importante esta actitud de partida que Jesús nos lo muestra con una comparación paradójica, poniendo juntos en la parábola a la persona más piadosa y devota de aquel tiempo, el fariseo, y al pecador público por excelencia, el publicano. Y el juicio se invierte: el que es bueno pero presuntuoso fracasa; a quien es desastroso pero humilde Dios lo exalta.

Si nos miramos por dentro con sinceridad, vemos en nosotros a los dos, al publicano y al fariseo. Somos un poco publicanos, por pecadores, y un poco fariseos, por presuntuosos, capaces de justificarnos a nosotros mismos, campeones en justificarnos deliberadamente. Con los demás, a menudo funciona, pero con Dios no. Con Dios el maquillaje no funciona. Recemos para pedir la gracia de sentirnos necesitados de misericordia, interiormente pobres.

También para eso nos hace bien estar a menudo con los pobres, para recordarnos que somos pobres, para recordarnos que sólo en un clima de pobreza interior actúa la salvación de Dios.» *(Homilía de S.S. Francisco, 27 de octubre de 2019).*

Meditación

En repetidas ocasiones he aprendido a ponerme en los zapatos del otro. Creo que generalmente juzgamos las apariencias pero, las apariencias engañan. Creo que también, con la gracia de Dios, poco a

poco nos vamos dando cuenta de que los hechos concretos que vemos son el último minuto de la película y es con lo que nos quedamos.

Está en nuestra esencia como cristianos amar a los que están a nuestro lado. Sean como sean, nuestros hijos, nuestros hermanos y, aún más, a los desconocidos. Cuan diferente serán nuestras acciones si en vez de justificarnos para no ayudar a los demás los presentamos ante Dios y les arrimamos nuestro hombro.

En ocasiones quienes más nos necesitan, incluso los mendigos, más que dinero, necesitan a alguien que les mire a los ojos, necesitan a alguien que les levante y ponga en pie su dignidad. ¡Dios necesita de nuestras manos y de nuestros ojos! En vez de criticar, trabajemos por restaurar la dignidad de aquellos que más nos necesitan, que necesitan de Dios.

Oración final

Bendice, alma mía, a Yahvé,
el fondo de mi ser, a su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Yahvé,
nunca olvides sus beneficios. *(Sal 103,1-2)*